

# ADOLFO RUIZ DÍAZ

Por Julieta Ruiz Díaz

Como tantas veces, a lo mejor hoy más todavía, no sabía por dónde empezar. Incluso pensé en dejar pasar este año sin “mostrar” que se cumplían 33 sin vos. No sé por qué. Quizás es porque todavía no entiendo que no estés.

Hugo Enrique Sáez, tu ex alumno radicado en México, quien te recuerda con tanto amor y gratitud y me contactó con tanto afecto, escribió algo bellissimo para vos. Y, especialmente, con humor, como creo que te gustaría. Ya va a ir saliendo en nuestros números.

Hugo me mandó también tu clase inaugural de la Facultad de Filosofía y Letras, del año 1956. Yo misma estudié una parte de tu conferencia en la materia *Introducción a la Literatura*, puesta en el programa como una lectura obligatoria de la bibliografía: *En torno al hecho literario*. Maravilloso. Lo que dudo es si te hubiera gustado ser un punto del programa y escuchar: ¿Ruiz Díaz lo van a tomar?

Era raro escuchar eso y era más raro todavía estudiar “a tu propio papá” y “tener que rendirlo”, pero así fue.

Ya lo he dicho en nuestro semanario, que lleva su nombre *Hay que decirlo con libertad*, por vos: No puedo ni quiero escribir sobre el hombre intelectual, sino sobre mi papá.

Aunque confieso que daría cualquier cosa, primero por abrazarte de nuevo por supuesto, y por poder tomar un café con vos y escucharte, disfrutarte, abrirte como una enciclopedia. Como cuando era chica y te preguntaba algo, y todo lo sabías. Si con 12 años me quedaba muda de admiración; hoy, con 45, te aplaudiría.

Muchos me preguntan, todavía hoy, si en la facultad, donde vos trabajaste y yo estudié y trabajé, sentí algún “peso” por ser tu hija. Jamás. Nunca nos hiciste sentir que había que ser intelectual, ni siquiera que había que ir a la universidad. Siento orgullo. Por vos obviamente, no por mí.

¿Sabés que no trabajo más en la Facultad? Claro que lo sabés. Y tu voz, bajito, me acompañó en la decisión y me dijo que hacía bien. Me enseñaste que la virtud que preferías en alguien, era la integridad. Traté de ser eso: íntegra, y valiente. Elegí estar en un lugar donde sintiera de verdad que “en el espíritu reside la vida”, como cuando miraba hace 40 años el escudo de la Universidad Nacional de Cuyo, puesto a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras. No siento que ni mi espíritu ni mi vida residan ahí.

Todavía recuerdo la luz de ese 6 de junio, helado, de 1988. La gente, las formalidades, todos aturcidos. Nunca volví a ver ese tono de luz en el cielo, pero nunca lo olvidé tampoco.

Quisiera que mis hijos te disfrutaran. A veces me pregunto cómo te dirían, porque no te dirían “abuelo”. Odiabas eso. Cada uno de tus cinco nietos es muy diferente (no sé por qué pienso que les dirías “cachorros” o les pondrías sobrenombres, como hacías con todo el mundo. Yo era “binchifaca” (ya no consigo acordarme por qué). Pero todos tienen en común tu bondad y tu generosidad.

Te gustaría hablar con Federico de Física, con Lambert de Fútbol, con Isabel de temas lógicos, con Elena de cuadros y con Sébastien, simplemente sentarlo en tus rodillas porque es chiquito, como hacías conmigo.

En tus rodillas el mundo valía la pena.

Pienso que les enseñarías con paciencia las grandes cosas y las que me quedaron a mí para siempre: me contaste que una vez que habías cobrado (en esa época se cobraba por cheque), pasó un señor muy necesitado con una gran urgencia, lo firmaste y se lo diste; otra vez que ibas comiendo un paquete de galletitas con muchas ganas, se acercó un nene chiquito y humilde y te miró y le compraste muchos paquetes en el quiosco. Y vos tenías un perro que se llamaba Rulo, un maltés con cruz de vereda y zanjón que vivió 21 años, y un gato, Caruso. Alguien, creo que un profesor, fue a tu casa un día. Todavía vivías solo acá en Mendoza y, claro, el Rulo no era precisamente un dechado de limpieza sino más bien una bola de barro y hojas que vos amabas. Este buen hombre- no tan bueno en realidad- fue a verte y se ve que el Rulo lo saludó efusivamente y el señor cometió el error de “correrlo” con el pie. Inmediatamente dicho señor fue invitado a retirarse del domicilio mientras alzabas al Rulo y le decías que nadie trataba así a tu perro.

Y así tantos recuerdos. Tus bifés al chocolate- aunque pareciera raro eran increíbles- tus huevos pochés, verte comer gomitas, verte fumar como un dandy con ese caminar lento, puntual y tranquilo. Tu generosidad, bondad y educación infinitas. Escucharte cantar El Barbero de Sevilla (te encantaba la ópera bufa y siempre dijiste que te hubiera gustado ser un gran tenor) y cantabas con esa pasión que se escuchaba desde los edificios de enfrente...

¿Podré escribir en este artículo?: ¡Cómo te extraño, carajo! Yo creo que sí. Vos me enseñaste lo que era en realidad el “carajo” y por qué a los marineros los mandaban allá.

Y todavía te escucho recitar, como nadie lo supo hacer tan bien, a Don Nicanor Paredes, de Borges...

Venga un rasgueo y ahora,

Con el permiso de ustedes,

le estoy cantando, señores,

a Don Nicanor Paredes.  
No lo vi rígido y muerto.  
Ni siquiera lo vi enfermo.  
Lo veo con paso firme  
pisar su feudo, Palermo.

El bigote un poco gris,  
pero en los ojos el brillo,  
cerca del corazón  
el bultito del cuchillo.  
El cuchillo de esa muerte  
de la que no le gustaba  
hablar...Alguna desgracia  
de cuadreras o de tabas

De atrio más bien fue caudillo,  
si no me marra la cuenta,  
allá por los tiempos bravos  
del ochocientos noventa.  
Si entre la gente de faca  
se armaba algún entrevero  
él lo paraba de golpe,  
de un grito o con el talero.

Ahora está muerto y con él  
cuánta memoria se apaga  
de aquel Palermo perdido  
del baldío y de la daga.  
Ahora está muerto y me digo:  
-¡Qué hará usted, Don Nicanor,

en un cielo sin caballos,  
sin vino, retruco y flor!

**Video: Papá**

<https://www.youtube.com/watch?v=AXNRWonBSi4&t=7s>

Abrir enlace desde computadora. Hemos notado mal funcionamiento para abrir videos desde celulares.

Gracias querida Lilia Pulenta